

entrevista

El escultor **Jaume Plensa** ha triunfado en medio mundo y en los últimos meses, tras dos décadas sin presencia, han coincidido muestras suyas en Barcelona y Madrid. Lo disfruta sin perder su visión introspectiva del arte.

Texto de **Fernando García**
y fotos de **Dani Duch**

“Me obsesiona saber quién soy y hacia dónde voy”

Jaume Plensa (Barcelona, 1955) está en racha. Después de 20 años de ausencia de los grandes circuitos artísticos españoles, el escultor por el que se pirran en medio mundo ha expuesto en el Museu d'Art Contemporani de Barcelona (Macba) –la muestra aún está abierta– y, de la mano del Reina Sofía, en el Palacio de Cristal del Retiro de Madrid. Además, en la madrileña plaza de Colón tiene instalada desde diciembre una de sus célebres cabezas femeninas, *Julia*. Y en la última edición de la feria Arco presentó su segundo gran libro escultura sobre los secretos de su obra, titulado *61*, en referencia a la edad que tenía cuando el proyecto arrancó. Es una edición de lujo, de las que el sello **Artika** confecciona con algunos de los grandes creadores del planeta. Arranca por ese proyecto editorial esta amplia conversación con el artista, que tuvo lugar en una sala de Arco.

El libro es continuación y reverso del que publicó hace unos años. ¿Puede explicar la relación entre ambas publicaciones?

El libro anterior se llama *58*, también por la edad con que me puse a elaborarlo. Al revés que este segundo, es blanco por fuera y negro en el interior. A través de imágenes y textos, trata sobre mis obras acabadas: instalaciones, exposiciones, esculturas. En cambio, *61* entra prácticamente en mi cabeza a través del relato de los proyectos; de la visión y la explicación de cómo es el taller donde trabajo y de los materiales con que hago las esculturas. Se completa con un volumen muy bonito que reproduce en facsímil muchos de mis libros de apuntes. Así que *58* y *61* son las dos caras del mismo proceso creativo.

Y todo empezó justamente en Arco hace treinta y pico años, cuando conoció a Chillida.

En aquella época yo forjaba hierro.

Siempre me han interesado las técnicas antiguas. He buscado volver al principio de las cosas para entender qué me toca hacer a mí. Nunca miro lo que pasó ayer sino lo que ocurrió hace mil años. El caso es que andaba fascinado por la transformación del hierro a través del fuego. Forjaba unas piezas que eran un híbrido entre seres humanos y animales. En Vic había una pequeña galería, La Tralla, que llevaba una señora muy simpática, María Àngels Comella. Ella me propuso venir a Arco, que para un artista joven era muy excitante. Acepté y montamos un stand con aquellas piezas de forja primitivas. En un momento dado vi acercarse a Eduardo Chillida, al que conocía sólo por fotos. Vino hacia mí. Me dijo: “Mantente siempre en esta pureza”. En cuanto se fue, le comenté a mi mujer: “Si a Chillida le gusta lo que hago, es que algo falla. Tengo que cambiar”, jajaja.

¿Y eso?

Bueno, era el hijo que quiere matar al padre. Fue una reacción espontánea. Pero luego nos hicimos muy amigos. Chillida era un hombre muy generoso. Pasó un momento complicado cuando le boicotearon su stand en Arco por lo que quería hacer en la montaña de Tindaya, en Fuerteventura (un cubo en su interior). Era una belleza de proyecto que se malentendió. Eso lo deprimió mucho.

En Arco siempre pasan cosas.

Así es. Esta feria ha marcado a artistas y momentos. Hoy es excelente. Carlos Urroz (su director por último año) ha sabido construir un lugar de encuentro muy interesante. Hay que agradecerse.

¿Desde aquel encuentro con Chillida, ha seguido el consejo y ha mantenido aquella pureza?

Por supuesto que no. Me he mantenido en algo para mí muy importante, que es la búsqueda obsesiva

“Chillida vino hacia mí. Me dijo: ‘Mantente siempre en esta pureza’. Por supuesto que no lo he hecho”



“Con mi obra trato de generar silencio. Para que cada persona esté consigo misma, lo cual es más complicado de lo que parece”

de quién soy yo y hacia dónde voy. Unas veces he sido más puro que otras. Con frecuencia me he contaminado. Pero también eso lo busco. Hay una mezcla. Y en realidad todo es pureza en la medida en que hay una coherencia con uno mismo. El secreto del arte es que no tiene secretos. Lo esencial es intentar ser lo más parecido a lo que eres. No es nada fácil. Por ejemplo, se trata de pasear por la feria y que no te afecte nada de lo que veas. Que no perturbe tu trabajo. Una feria de arte es un lugar estúpido para todos menos para los artistas. Es bonito exponer tus obras, pero no necesariamente visitar las de otros. Cada obra es una posibilidad, con su calidad y sus virtudes, pero la de uno, también. Me encanta hablar con músicos y poetas. Pero hablo poco con otros artistas.

O sea, sí hay que mantenerse puro.

Tienes que mantenerte tal como eres. Cada ser humano es único y excepcional. Si no nos contamináramos con la información exterior, cada persona sería un genio. Porque una de las características clave de la información es que nos uniformiza. Por eso me habrá oído decir que con mi obra trato de generar silencio. Para que cada persona esté consigo misma, lo cual es más complicado de lo que parece.

Pero las influencias existen y no tienen por qué ser malas.

Por supuesto, pero no hablo exactamente de influencias. Me encanta Miró. He aprendido mucho de Duchamp. Pero yo no soy ni Duchamp ni Miró. No puedo dibujar o crear como ellos. ¿Cómo tengo que crear? Recuerdo a Mario Merz –exponente del arte povera italiano–, con el que tuve bastante amistad. Hizo una obra fundamental: un neón con las palabras “Che fare?” Esa es la gran pregunta: ¿Qué hacer? Para ser tú mismo y que los demás te vean de verdad tal como eres. A menudo me preguntan por qué



hago esas cabezas de niñas con los ojos cerrados. La respuesta es que se trata de entender que cada ser humano tiene una gran belleza en su interior. Un paisaje extraordinario que normalmente mantenemos oculto; por cultura, pudor, por mil cosas que hacen que nos cueste exteriorizarnos.

¿El miedo al qué dirán?

Sí. Alguna vez que he hablado de belleza se me ha criticado mucho porque, según algunos, eso es anacrónico. No entiendo cómo alguien puede sostener tal cosa. Lo que se puede discutir es qué es para uno la belleza. Todos tenemos opiniones. Lo que ocurre es que nos cuesta expresarlas, a veces también porque parece que siempre hay alguien que sabe más.

Y no hay que dejarse llevar...

Absolutamente no. Cuando daba clases en las escuelas de arte de París y Chicago, mi obsesión era que los estudiantes confiaran en sí mismos; no en las revistas especializadas, en la Documenta o la Bienal de Venecia. Tenemos un oficio extraordinario en que puede darse que uno tenga la razón y todos los demás se equivoquen. Tal vez sea una de las pocas profesiones, o la única, donde es así. Un lujo.

A veces cuesta muchos años adquirir esa seguridad.

Cada uno tiene su ciclo, su tiempo, su periplo. Hoy día existe la presión de que todo ha de ser rápido. Tienes que ser cojonudo, pero ya. Me preocupa esta tensión creada sobre el individuo para que esté a la altura de lo que la época le pide. Y la época no existe. Tú la marcas. Duchamp decía que buscamos respuestas donde no hay pregunta. Tiene mucho que ver con esa presión para que seamos lo máximo inmediatamente. Tengo un jardín y cada planta tiene un crecimiento distinto. No sé por qué nosotros hemos de ser todos iguales.

“A menudo me preguntan por qué hago esas cabezas de niñas con los ojos cerrados. Se trata de entender que cada ser humano tiene una gran belleza en su interior”



“Hoy día existe la presión de que todo ha de ser rápido. Tienes que ser cojonudo, pero ya. Me preocupa esta tensión sobre el individuo para que esté a la altura de lo que la época le pide”



“Lo interesante del mundo de hoy es la globalidad. No busco ser el gran artista español. Busco ser yo”

→ **Usted se salió del carril enseñada: su formación tenía que ver más con la poesía y la música que con la escultura. Su madre cantaba, y su padre tocaba el piano. ¿Qué relación guarda su escultura con la música y la poesía?**

La escultura tiene algo clave que está relacionado con la música: la vibración de la materia. Me explico: el espacio siempre está. Y hay una idea que siempre intuí, que definió el poeta William Blake: “Un pensamiento llena la inmensidad”. La vibración de nuestros pensamientos va llenando de energía el espacio. ¿Y qué es la vibración de la materia? En el caso de nuestro cuerpo, para mí es la gran referencia en la escultura, hay dos sonidos: el del latido de nuestra sangre, que es físico, y el de nuestros pensamientos y palabras interiores.

Poesía escultural.

Es que aquí está la relación extraor-

dinaria entre las disciplinas del arte. Para mí, la escultura está mucho más atada a la música y la poesía que a la arquitectura, por mucho que el vínculo con esta parezca más obvio. He colaborado mucho con arquitectos, entre otras cosas porque ellos crean cuerpos muy bellos, pero sin alma. La escultura es pura alma. Es el soplo de vida que puedes inyectar a un cuerpo. Cultura en estado puro. Ya desde las comunidades ancestrales la escultura era la manera de relacionarte con la divinidad, con lo abstracto, lo intocable, lo imposible.

¿Y la pintura?

En la pintura se definía la relación de los hombres con lo cotidiano. Describía cómo cazaban, cómo comían, quién vivía con uno... Pero cuando había una divinidad era otra cosa: ahí entraba la escultura. Las piezas del Retiro eran un homenaje a lo más importante de la vida, que siempre es lo invisible.

De nuevo una invitación a la introspección. ¿No es un reto titánico, hoy? Porque mire que cuesta reflexionar en este mundo...

Desde luego. Estamos en un momento histórico de un ruido mediático brutal. Y es muy difícil para el individuo escuchar sus propias vibraciones, su corazón latiendo. Es fundamental tu relación contigo, para ti y desde ti. No es una obsesión individualista. Para mejorar una comunidad hay que hacerlo individuo por individuo. No creo que haya otra manera. No se mejora en grupo, pero uno por uno sí se puede mejorar el grupo; hacerlo crecer y perfeccionarlo.

¿Cómo se traduce eso en el arte?

Me gusta la escultura cuando plantea una comunicación que invita al espectador a mirar hacia dentro de sí. En la exposición del Macba hay una sala con puertas de hierro fundido, muy herméticas. La razón es que cuando uno está ante una puerta, todo lo que pueda ocurrir al traspasarla ya ha ocurrido en tu

cabeza. Por eso muchas veces resulta decepcionante la visión cuando se abre. La puerta puede actuar como un espejo. Y la escultura es un gran espejo donde nos podemos reflejar, pero hacia el interior. Para mí, esa es la gran paradoja de la comunicación: cuanto más hacia dentro vas, más en conexión estás con los otros.

Hay que resguardarse...

Por supuesto. Pero no porque uno sea mejor. Se trata de respetarse uno para que te respeten los demás. Y sobre todo: cuanto más profundices en tus raíces y más honesto seas con tu origen, mejor entenderás el de los otros. Y así es como llegas al punto maravilloso que es la memoria común. La tenemos todos y hemos de ir descubriéndola a través de la introspección.

Ha triunfado mucho fuera de España y durante casi 20 años ha estado ausente aquí. ¿Por qué?

La verdad es que no me había dado cuenta. Mi vida ha seguido igual que siempre estos años. No estaba esperando nada ni de aquí ni de allá. Lo interesante del mundo de hoy es la globalidad. No busco ser el gran artista español. Busco ser yo. Y lo soy esté donde esté. Me fui a vivir a Berlín porque necesitaba un contraste con mi cultura mediterránea. Además, me gustaba mucho la música cantada alemana. Después viví en Bruselas, luego en París, donde aún está uno de mis hijos... Nunca pensé en que quería triunfar en ese lugar u otro. Empecé a trabajar en Japón, en el Reino Unido, en Estados Unidos, donde tal vez la *Crown Fountain* (Chicago) me dio resonancia en el mundo americano. Creo que mi obra ha sido un poco un milagro en cuanto a su fluidez. Ha ido conectando con la memoria de diferentes culturas y tradiciones.

Así que estaba muy ocupado como para notar la ausencia en España. Honestamente, no me había apercibido de que hacía 23 años que no

RAYMOND BOYD / GETTY



En la página anterior, una de las obras de Plensa, la *Crown Fountain* en el parque Millennium de Chicago

Abajo, *Wonderland*, ubicada en Calgary en el 2013

Looking into My Dreams, Awilda, exhibida en el 2014 en Chicago



MICHAEL WHEATLEY / GETTY



RAYMOND BOYD / GETTY

exponía en Barcelona y 18 en Madrid. El tiempo ha pasado de una forma tan estupenda para mí que no lo he notado. Pero creo mucho en las casualidades. Fíjese: han coincidido la escultura *Julia* en la plaza Colón, los *Invisibles* del Retiro y la exposición en el Macba. Y resulta que *Julia* se tenía que haber inaugurado hace cuatro años y se retrasó por problemas burocráticos. La exposición en el Retiro correspondía al premio Velázquez que el ministerio me dio en el 2004 y que entrañaba una muestra en el Reina Sofía, que se fue aplazando por problemas de agenda. La muestra en el Macba empezó a prepararse

con otro director que se fue, y así el proyecto se demoró. Y al final se ha hecho todo casi a la vez.

Una conjunción planetaria.

¡Y que lo diga! Increíble. Y el libro tenía que salir el año pasado. Desde noviembre estoy flipando. ¡Mi año español! No me lo esperaba. Pero las cosas llegan cuando tienen que llegar. No hay que forzar. La vida es así a veces: una maravilla.

Ha habido colas en el Macba.

Tampoco me lo esperaba. Salí en la prensa que el primer mes fueron 31.000 personas. Me ha hecho mucha ilusión. Porque es una acogida

popular, no oficialista. No me he abrazado al poder cultural, me he abrazado a la gente. Y yo que amo tanto el espacio público... Me he emocionado mucho.

¿Qué significa ser un artista en el siglo XXI?

Lo mismo que en el XII: la búsqueda de las grandes preguntas. Quién soy, dónde voy, por qué, cómo, cuándo. Hoy el problema es que confundimos la comunicación con el mensaje, la rapidez con otras cosas, el valor con el precio. Hay muchas confusiones. Supongo que cada época ha tenido las suyas. Una de las misiones del artista es tratar de trascender el gusto de su época. Es difícil, pero debe intentarse.

Debe de ser más difícil en un mundo en que los grandes museos organizan exposiciones blockbuster o de taquillazo. ¿No se corre el riesgo de convertir el arte en producto de consumo y de clic?

Sí, pero también está el riesgo de hacer un arte que no entiende nadie. O ese arte del que alguien dice: "Este es el bueno porque sólo lo entiendo yo". Una de las bellezas del arte está en que es inexplicable. Y sobre todo en que no sirve para nada. Esa fuerza que tiene es también una gran fuente de manipulación. Unos la utilizarán de una forma, y otros, de otra. Por eso siempre pido al espectador, machaconamente: confía en tu criterio. Así, si te equivocas, será con tus errores y no con los de otro. El arte no se debe entender. Debe emocionar. Yo, a veces, no entiendo una lengua, pero me conmueve escucharla porque tiene una belleza sonora extraordinaria. A menudo exigimos al arte algo que no necesariamente tiene que darnos de inmediato. Lo que se crea tiene un recorrido, y el espectador necesita su tiempo. Es como un mensaje en una botella, que según las corrientes puede tardar en llegar. Bueno, pues todos los mensajes son importantes. Todos pueden llegar. Todos pueden funcionar. ○

“Me ha hecho mucha ilusión. Porque es una acogida popular, no oficialista. No me he abrazado al poder cultural sino a la gente”, dice de las colas en el Macba



“Una de las misiones del artista es tratar de trascender el gusto de su época. Es difícil, pero debe intentarse”